

RAYMOND ARON Y LOS MAQUIAVELISMOS DEL SIGLO XX*

Daniel Mansuy**
Universidad de los Andes (Santiago de Chile)

El presente artículo busca explorar la lectura realizada por Raymond Aron de los trabajos de Maquiavelo antes y durante la Segunda Guerra. Aron propone una lectura original de la obra del Florentino, con el objeto de iluminar la situación europea en los años '30. Así, cree que la lectura de Maquiavelo –y aquello que entiende como maquiavelismo– puede resultar especialmente útil para comprender el surgimiento del fenómeno totalitario, y luchar contra él, cuestión que lo lleva a discutir con Jacques Maritain.

Palabras Clave: Maquiavelo, Raymond Aron, totalitarismo, Jacques Maritain

RAYMOND ARON AND THE MACHIAVELLISM OF THE 20TH CENTURY

This article seeks to explore the reading made by Raymond Aron of Machiavelli's works before and during the Second War. Aron proposes an original reading of Florentino's work, in order to illuminate the European situation in the 1930s. Thus, he believes that Machiavelli's reading - and what he understands as Machiavellianism - can be especially useful for understanding the emergence of the totalitarian phenomenon, and fighting against it, an issue that leads him to discuss with Jacques Maritain.

Keywords: Machiavelli, Raymond Aron, totalitarianism, Jacques Maritain

Artículo Recibido: 10 de Diciembre de 2018
Artículo Aceptado: 5 de Abril de 2019

* Este artículo ha sido realizado en el marco del proyecto Fondecyt n. 11160873.

** E-mail: dmansuy@uandes.cl

Introducción

Durante la segunda mitad de los años '30, Raymond Aron dedicó parte de sus esfuerzos a estudiar el pensamiento de Maquiavelo. En aquella época, Aron era relativamente joven (había nacido en 1905), y no tenía la notoriedad que lo haría célebre después de la guerra. Pese a en que sus *Memorias* mira con ojos críticos los textos que escribió sobre el Florentino (pues, dice, no conocía bien su obra¹), dichos trabajos son especialmente interesantes, y revelan algunos aspectos de su pensamiento que vale la pena tener a la vista, en particular su temprana reflexión sobre el totalitarismo². Son, además, el reflejo temprano de algunas preocupaciones que Aron nunca dejará completamente de lado, y de hecho algunas categorías elaboradas por Maquiavelo cruzan toda su obra³. Como fuere, una pregunta central para el autor francés es la siguiente: ¿por qué la filosofía ha dejado de ser política, esto es, ha dejado de ofrecer un marco de comprensión de los fenómenos colectivos⁴? Esta interrogación adquiere un carácter urgente para Aron, que vislumbra desde muy temprano las

¹ Aron, Raymond, *Mémoires. 50 ans de réflexion politique*, Julliard, Paris, 1983, p. 152. Para un panorama general de la figura de Aron, *vid.* Châton, Gwendal, *Introduction à Raymond Aron*, La découverte, Paris, 2017.

² Ver Freschi, Simonetta, «Raimond Aron e Niccolò Machiavelli: le désir de la réalité», *Esercizi Filosofici*, n° 2, 2007 (pp. 41-65), p. 46 y Molina, Jerónimo, «Raymond Aron ante el maquiavelismo político», *Revista internacional de sociología*, n° 50, 2008 (pp. 9-33), p. 21.

³ *Vid.* Audier, Serge, *Raymond Aron : la démocratie conflictuelle*, Michalon, Paris, 2004.

⁴ Como veremos, este es el diagnóstico que tenía Aron respecto de la vida intelectual francesa.

tormentas que habrían de desatarse en Europa a fines de la década de los '30. Lo curioso es que esto ocurrió sin que muchos se percataran de las brutales amenazas que advertían de la tragedia. En ese sentido, sus preocupaciones son cercanas a las que tenía, en los mismos años, Leo Strauss⁵, aunque no intenta responderlas desde el mismo lugar.

Para intentar hacerse cargo de lo que considera un vacío con consecuencias graves –la ausencia de reflexión propiamente política–, Aron ofrece un modo de comprender algunos procesos políticos a partir de la lectura de Maquiavelo. Nuestro autor busca demostrar que el estudio de la historia de la filosofía puede ser útil para comprender el momento presente. La premisa es que el pensamiento de Maquiavelo puede iluminar un fenómeno histórico singular – en este caso, el auge de los regímenes nazi y soviético⁶– frente al cual tantas mentes se encontraban desorientadas. Al mismo tiempo, estos textos dan cuenta de algunos elementos que seguirán presentes, de un modo u otro, en su larga trayectoria política e intelectual.

En las páginas que siguen, nos proponemos estudiar el modo en que Aron leyó y utilizó a Maquiavelo en esta etapa. En un primer momento, intentaremos explicar el contexto político e intelectual en el que se mueve el pensador francés mientras escribe estos textos, indispensable para comprender luego cómo lee los textos en cuestión. Luego, daremos cuenta de los principales aspectos de su lectura de Maquiavelo. Aludiremos en seguida al modo en que el autor de *El Príncipe* le resulta útil para dar cuenta del fenómeno totalitario, y para esbozar incluso una teoría del totalitarismo. Por último, veremos cómo Aron aboga por un maquiavelismo moderado, a partir de su discusión con Wilfredo Pareto y Jacques Maritain.

⁵ Ver, por ejemplo, la reseña de Strauss al libro de Carl Schmitt *El Concepto de lo político* (Meier, Heinrich, *Carl Schmitt, Leo Strauss y El concepto de lo político. Sobre un diálogo entre ausentes*, Katz, Madrid, 2008).

⁶ Cabe notar que, aunque en principio Aron se refiere a ambos regímenes, en general su atención se dirige más al caso alemán. Esto puede explicarse por dos motivos principales. Por un lado, Aron escribe estos textos en condiciones particularmente agitadas. Tanto en los años '30 como durante la guerra la amenaza nazi era mucho más presente que la soviética. El segundo motivo es que el régimen comunista sólo se deja aprehender parcialmente desde el maquiavelismo: al estar subordinado, aunque fuera retóricamente, a una ideología, su maquiavelismo adquiere un carácter instrumental. Por lo mismo, una vez terminada la guerra, Aron no vuelve a utilizar esta categoría para dar cuenta del comunismo, y prefiere hablar de religiones seculares. Para todo esto, ver Audier, Serge, *Machiavel, conflit et liberté*, Vrin-EHESS, Paris, 2005, pp. 64-66.

Una situación singular

Aron dirige su mirada en dirección del secretario florentino en un contexto muy especial. Corre el año 1937⁷, y sobre Europa se cierne una amenaza de guerra de características muy especiales, pese a que sus principales dirigentes e intelectuales parecen ignorarlo o, al menos, no toman suficientemente en serio dicha posibilidad⁸. Aron tiene conciencia del problema y, por lo mismo, su posición es extremadamente singular. Durante su primera juventud, Aron adhiere al socialismo en términos más o menos vagos, sin participación política activa⁹. El dato interesante es que esa (relativa) cercanía con el socialismo no lo conduce a admirar la experiencia soviética, a diferencia de muchos que se dejaron seducir por sus cantos de sirena. En efecto, entre los intelectuales de la época no era raro ver en la Unión Soviética un paso decisivo en el curso de la Historia. Alexandre Kojève, por ejemplo, se declaraba a fines de los años treinta como un staliniano “de estricta observancia”¹⁰; y Malraux y Nizan (ambos cercanos a Aron), se sentían cerca del comunismo¹¹. Así, el joven Aron era el más resueltamente anticomunista de su entorno¹². Al mismo tiempo, cabe agregar que su rechazo absoluto respecto de la Alemania de Hitler no admitió nunca la menor duda. Aron fue siempre lúcido sobre los peligros del nazismo, y desde muy temprano. Recordemos que el pensador francés había vivido en Alemania (en Colonia y en Berlín) entre los años 1930 y 1933, y allí había podido observar directamente el fulgurante ascenso del nacionalsocialismo. Aron asistió a algunos discursos públicos de Hitler, y dice haber sentido una repugnancia instantánea por su retórica¹³. Como fuere, el hecho es que Aron regresó a Francia con la convicción de que la guerra volvería sobre Europa más temprano que tarde¹⁴.

⁷ Raymond Aron, *Mémoires...*, op. cit., p. 152.

⁸ Vid. Baverez, Nicolas, *Raymond Aron. Un moraliste au temps des idéologies*, Perrin, Paris, 2006, p. 150.

⁹ Aron, Raymond, *Le spectateur engagé. Entretiens avec Jean-Louis Missika et Dominique Wolton*, Fallois, Paris, 2004, p. 61; Châton, Gwendal, op. cit., pp. 8-15.

¹⁰ Aron, Raymond, *Mémoires...*, op. cit., p. 96; Aron, Raymond, *Le spectateur engagé...*, op. cit., p. 90. Kojève es quizás el hegeliano más importante del siglo XX. Vid. Kojève, Alexandre, *Introducción a la lectura de Hegel*, Trotta, Madrid, 2013.

¹¹ Aron, Raymond, *Le spectateur engagé...*, op. cit., p. 60. Paul Nizan era escritor y crítico literario, y murió en 1940 al principio de la guerra. André Malraux era novelista, y después de la guerra fue muy cercano a De Gaulle.

¹² Aron, Raymond, *Mémoires...*, op. cit., p. 153. Sin perjuicio de esto, Aron reconoce que, frente a la amenaza hitleriana, también tuvo dificultades para percibir la radicalidad presente en el proyecto soviético. El pacto de no agresión entre Hitler y Stalin disiparía definitivamente esa ilusión, sobre esto vid. Aron, Raymond, *Le spectateur engagé...*, op. cit., pp. 67-69.

¹³ Recordemos que Aron era de origen judío, lo que –como él mismo reconoce– debe haber jugado algún papel en ese rechazo. Sobre esto, vid. *Ibidem*, pp. 38-39.

¹⁴ Châton, Gwendal, op. cit., p. 13. También, vid. Savès, Christian, «La conscience historique ou l'éveil aronien à la réflexion politique», *France Forum*, n° 17, 2005 (pp. 89-95).

A partir de su experiencia germana, Aron observó con perplejidad cómo, durante los años treinta, las potencias occidentales, buscando preservar la paz, le abrieron camino a la guerra¹⁵. Cada concesión hecha por ingleses y franceses a Hitler le permitió a éste medir la fragilidad estructural de sus adversarios, que hacían todo lo posible por evitar el enfrentamiento. Cuando podían frenarlo, no lo hicieron; y cuando percibieron la naturaleza de la amenaza, ya era muy tarde. Este fenómeno admite varias explicaciones. Por un lado, Aron recuerda con frecuencia el hecho siguiente: la primera guerra mundial había dejado completamente exhausta a la nación francesa. El pacifismo imperante era una respuesta natural a un conflicto cuyas heridas aún no habían cerrado en los años '30. Pero Aron agrega otro motivo, tanto o más relevante que el anterior. Según Aron, los dirigentes occidentales nunca terminaron de comprender la lógica íntima de los regímenes soviético y nacionalsocialista, y ni siquiera hicieron un esfuerzo serio por lograrlo. Intentaron aprehenderlo desde categorías más o menos tradicionales, sin percibir que allí había algo distinto. Esta intuición lo conduce naturalmente a Maquiavelo, pues la obra del Florentino puede leerse como una exploración sobre los efectos del mal en política. Dicho de otro modo, Aron cree que el autor del *Príncipe* puede constituir una pieza clave en la comprensión del fenómeno totalitario. La radicalidad de estos regímenes encontraría de algún modo su origen en las categorías intelectuales presentes en la obra del Florentino. Tal es la hipótesis a partir de la cual Aron emprende este trabajo.

Este último hecho es interesante pues, como dijimos, Aron considera que la filosofía dominante de la época no disponía de las herramientas necesarias para ofrecer una reflexión política a la altura de sus desafíos. Es más, llega a decir que la formación filosófica que recibió en los mejores establecimientos de Francia lo preparó *a no comprender el mundo*¹⁶. Se sorprende al recordar, por ejemplo, que en su paso por la Sorbona y la *École Normale Supérieure* no escuchó nunca nombrar a Tocqueville¹⁷. El pacifismo había penetrado los espíritus, al punto de que muchos pensaban que la guerra debía ser evitada a toda costa, sin advertir que esa actitud sólo podía beneficiar al adversario. En aquella época, el pensador pacifista más influyente era Alain,

¹⁵ Vid. Ferro, Marc, *L'aveuglement. Une autre histoire de notre monde*, Tallandier, Paris, 2015, capítulos 2 y 6.

¹⁶ El destacado es nuestro.

¹⁷ Aron, Raymond, *Le spectateur engagé...*, op. cit., p. 32. De hecho, Aron fue más tarde el gran difusor del pensamiento de Tocqueville, que se hallaba relativamente olvidado. Para esto vid. Audier, Serge, *Tocqueville retrouvé. Genèse et enjeux du renouveau tocquevillien français*, Vrin-EHESS, Paris, 2005; y, para una perspectiva crítica de este redescubrimiento, vid. Le Strat, Claire y Pelletier, Willy, *La canonisation libérale de Tocqueville*, Syllepse, Paris, 2005.

con quien Aron tenía cierta relación de amistad¹⁸. No obstante, su comprensión de la política y su compromiso con el pacifismo lo dejan completamente insatisfecho¹⁹. La pregunta puede formularse como sigue: ¿es posible seguir la doctrina pacifista hasta el final si hay vecinos cuya doctrina es abiertamente belicista? ¿En qué posición quedan los pacifistas ante una agresión inminente del adversario? Aron se rebela contra el idealismo implícito en dicha tesis: la primera condición para reflexionar sobre los fenómenos políticos es tomarse en serio la realidad tal como es y no como quisiéramos que fuera.

Todo esto puede parecer evidente hoy, pero no lo era en el ambiente intelectual en el que Aron se educó, dominado por el idealismo neokantiano, el positivismo y el progresismo pacifista²⁰. Sirva un ejemplo para graficar este hecho. En una conversación con Leon Brunschvicg, insigne representante de la corriente neokantiana francesa y quien fuera director de su tesis doctoral, éste celebró que los británicos trataran de calmar a los franceses luego de la ocupación de la Renania por parte de los alemanes, en abierta violación del tratado de Versalles. Aron le respondió, perplejo, que las consecuencias de dicha ocupación eran graves, pues dejaba a Francia incapacitada para cumplir con su deber de apoyar a checos y polacos en caso de conflicto. Según Aron, la ocupación de Renania ponía en evidencia la contradicción entre la estrategia militar defensiva adoptada por el país galo, y las obligaciones ofensivas impuestas por el sistema de alianzas. La respuesta de Brunschvicg fue tan clara como decepcionante: “felizmente, mis opiniones políticas no tienen consecuencias”²¹. La carencia de responsabilidad en la emisión de opiniones le parecía grave, porque de algún modo autorizaba a emitir ideas sin haberlas razonado previamente, y sin hacerse cargo de sus consecuencias, en un momento en

¹⁸ Aron, Raymond, *Mémoires...*, op. cit., p. 41. Aron contribuyó entre los años 1928 y 1933 en la revista dirigida por Alain, *Libres propos*. Sobre la trayectoria de Aron antes de su viaje a Alemania y su cercanía con Alain, vid. Sirinelli, Jean-François, «Raymond Aron avant Raymond Aron (1923-1933)», *Vingtième siècle*, n° 2, 1984 (pp.15-30).

¹⁹ Vid. Freschi, Simonetta, op. cit., pp. 42-45. Durante la guerra, Aron escribió líneas extremadamente severas sobre Alain: “Alain formuló la pregunta siguiente, decisiva para todas las democracias: ¿cuál debe ser la actitud del ciudadano respecto de la elite, respecto de los poderes? A esta pregunta, dio una respuesta que no solamente creemos falsa, sino también funesta para los regímenes de libertad. Formó a generaciones de jóvenes franceses en una estéril hostilidad hacia el Estado, en una ignorancia casi voluntaria de los peligros que amenazaban a la nación”. «Prestige et illusions du citoyen contre les pouvoirs», en Aron, Raymond, *Chroniques de guerre. La France libre, 1940-1945*, Gallimard, Paris, 1990, p. 493.

²⁰ Sobre el pacifismo, ver el artículo de Aron «Philosophie du pacifisme», editado en su compilación de artículos escritos durante la guerra: Aron, Raymond, *Chroniques de guerre...*, op. cit., pp. 481-491.

²¹ Aron recuerda que, treinta años más tarde, Jean Hyppolite realizaría la misma afirmación en la defensa de tesis de Julien Freund (vid. Aron, Raymond, *Mémoires...*, op. cit., p. 136).

que el mundo requería, con suma urgencia, una reflexión capaz de orientar; esto es, susceptible de tener consecuencias efectivas²². La conclusión de Aron es la siguiente:

Es fácil pensar la política, pero con una condición: discernir las reglas y someterse a ellas. Consiento que los pensadores dejen a otros el trabajo ingrato de pensar esta actividad, pero rara vez se resignan a esa abstención²³.

Aron cree que la política debe ser pensada según sus propias reglas; esto es, asumiendo plenamente su lógica interior, sin intentar imponerle una normatividad ajena. Se trata de una característica que está presente a lo largo de todos sus trabajos: la comprensión de lo político no admite una mirada exterior, que ignore su dinámica específica. Desde luego, el observador ha de conservar cierta distancia con el fenómeno que estudia, pero el análisis y el juicio deben utilizar criterios internos. La política exige ser pensada en sus propios términos. Por lo mismo, Aron se rebela frente a cualquier visión que identifique de modo demasiado estrecho lo moral y lo político²⁴. Así, podía decir que

Pensar la política es pensar los actores, y analizar entonces sus decisiones, sus fines, sus medios, su universo moral. El nacionalsocialismo me había enseñado el poder de las fuerzas irracionales. Max Weber la responsabilidad de cada uno, no tanto la responsabilidad de sus intenciones, sino la de las consecuencias de sus decisiones²⁵.

Aron comprendió cabalmente esta exigencia en su paso por Alemania. Cuando le preguntan qué aprendió allí, el pensador francés afirma haber recibido su “educación política”: llegó siendo un niño, y regresó siendo adulto, conociendo la dimensión trágica de lo político. Aron agrega: “podría haber aprendido todo eso leyendo libros, pero lo aprendí en la realidad”. Sus interrogadores replican, perplejos: ¿realmente es posible haber aprendido aquello leyendo, antes

²² En Heidegger es posible ver una actitud análoga, pues también carece de una reflexión auténticamente política. Vid. Strauss, Leo, «Introducción al existencialismo de Heidegger», en *El renacimiento del racionalismo político clásico*, Amorrortu, Paris, 2007, pp. 81-103; Löwith, Karl, *Heidegger, pensador de un tiempo indigente. Sobre la posición de la filosofía en el siglo XX*, FCE, Paris, 2006.

²³ Aron, Raymond, *Mémoires...*, op. cit., p. 136.

²⁴ Ya decía en 1933 que “el problema político no es un problema moral”. En, Châton, op. cit., p. 13.

²⁵ Aron, Raymond, *Mémoires...*, op. cit., p. 79.

que conociendo de primera mano a Hitler y el hitlerismo? Aron responde sin vacilar: “Sí, Aristóteles y Maquiavelo, quizás bastaba comprenderlos bien”²⁶. Para Aron entonces, la lectura de los clásicos políticos puede reemplazar la experiencia directa de lo político, al menos en alguna medida. Es posible que haya una confianza desmedida en la lectura de los grandes textos, pero Aron quiere reivindicar la capacidad del pensamiento político para dar cuenta del mundo, desesperado por el relativo silencio de pensadores talentosos frente a la tragedia que se avecinaba. Si se quiere, este escenario donde los intelectuales no están dispuestos a tomarse en serio lo político conduce a Aron a intentar mostrar que es posible pensar filosóficamente la política²⁷. La intuición básica es que la filosofía puede iluminar, al menos parcialmente, la *praxis*. En ese contexto, no es raro que Aron haya intentado esclarecer la situación precisamente desde el pensamiento de Maquiavelo.

La lectura de Maquiavelo

La hipótesis inicial de Aron es que los regímenes totalitarios pueden ser pensados a partir de la genealogía maquiaveliana, pues allí hay una reflexión original sobre el mal, la excepción y el papel de la fuerza²⁸. Como vimos, Aron percibió tempranamente los excesos vinculados a esos regímenes. En ese sentido, la recuperación de Maquiavelo le es útil precisamente para intentar percibir la especificidad política de una situación que muchos no terminaban de comprender. Es posible apreciar en este punto cierto parentesco con los trabajos de Carl Schmitt (a quien Aron respetaba²⁹), en la medida en que ambos intentan captar el carácter propiamente político de la situación. Sin embargo, sus trabajos no se identifican con el antiliberalismo de Schmitt, ni tampoco con el registro polémico tan propio del autor del *Concepto de lo político*. Por el

²⁶Aron, Raymond, *Le spectateur engagé...*, op. cit., p. 55.

²⁷ *Ibidem*, p. 74 (“Me esforcé por mostrar que se puede pensar filosóficamente la política, y que por la política uno se hace a sí mismo. En ese sentido, es posible que todo lo escrito después haya estado inspirado por esa actitud respecto de la política y de la historia”).

²⁸ Los textos de Aron sobre Maquiavelo fueron reunidos por Rémy Freymond en un volumen. Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies modernes*, Fallois, Paris, 1993. Los trabajos inéditos allí reunidos son “Le machiavélisme de Machiavel”, “La comparaison de Machiavel et Pareto”, “Pareto et le machiavélisme du XX siècle” y “Machiavélisme et tyrannies”. Estos textos fueron escritos entre 1938 y mayo de 1940, y la idea de Aron era publicar un libro con el título *Essais sur le machiavélisme moderne*. El volumen editado por Freymond también incluye otros textos, de distintas épocas, referidos a Maquiavelo y al maquiavelismo (como los publicados durante la guerra en *La France libre*, bajo el pseudónimo René Avord).

²⁹Aron, Raymond, *Mémoires...*, op. cit., p. 650. Sobre Aron y Schmitt, ver Di Ligio, Giulio, «La vertu politique. Aron penseur de l’ami et de l’ennemi», *Études internationales*, vol. 43, n° 3, 2012 (pp. 405-420).

contrario, prefiere buscar una perspectiva filosófica más equilibrada, que permita comprender los problemas políticos al interior de la gran (y multiforme) tradición liberal³⁰.

Ahora bien, cualquier análisis de Maquiavelo se enfrenta a algunas dificultades previas. La primera de ellas guarda relación con la unidad de la obra, y particularmente con lo difícil que es conciliar las enseñanzas del *Príncipe* con los *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*, y ver en ambos textos algo así como un proyecto unitario. Se trata de un problema clásico en los estudios maquiavelianos: ¿es posible conciliar el elogio de la libertad republicana con la frialdad con la que aconseja al tirano? Aron piensa que una pista posible para resolver esta dificultad es comparar *El Príncipe* con aquellos pasajes del libro V de la *Política* en los que Aristóteles ofrece consejos para la conservación de la tiranía³¹. Con todo, si Aristóteles se permite dar esos consejos, no es porque dude de aquello que le parece más deseable³², sino porque su ambición de exhaustividad intelectual no puede dejar sin responder la pregunta por los modos de preservación de todos y cada uno los regímenes (y de hecho casi no ha recibido reproches por aquello³³). Parece evidente que el tono de Maquiavelo difiere del utilizado por el autor de la *Política*, y esa diferencia parece irreductible: las reflexiones aristotélicas están inscritas en un marco ético bien definido.

³⁰ Raymond Aron es, sin duda alguna, miembro de la amplia familia liberal, pero su relación con el liberalismo no está exenta de complejidades. Esto se debe, al menos en parte, a los equívocos que contiene el mismo término “liberalismo”. Pierre Manent afirma, en el prólogo a la última clase de Aron en el *Collège de France*, que el liberalismo aroniano es más atributo que substancia (“Debe constatarse que el liberalismo como tal, el liberalismo como doctrina e incluso como programa, era rara vez el tema de sus reflexiones. Informaba sus disposiciones, le daba elementos de orientación, pero no puede caracterizarse el trabajo de Aron por la intención de aplicar una doctrina liberal. Sería más justo decir que se esforzaba por estudiar la política como tal, según la diversidad de sus formas y regímenes, siendo evidente a sus ojos que la experiencia de los siglos modernos tendía a establecer que una política liberal presentaba las mejores posibilidades de racionalidad y, más ampliamente, de proveer el cuadro de una vida humana digna de ser elegida”, Manent, Pierre, «introducción a Raymond Aron», en *Liberté et égalité. Cours au Collège de France*, EHESS, Paris, 2013, pp. 12-13.

³¹ Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies...*, op. cit., p. 61.

³² En cualquier caso, la unidad del pensamiento aristotélico ha sido ampliamente discutida. Para la tesis según la cual no hay un solo Aristóteles, vid. Jaeger, Werner, *Aristóteles. Bases para la historia de su desarrollo intelectual*, FCE, Paris, 1992; y para una defensa de la unidad en lo referido a su pensamiento político, vid. Pellegrin, Pierre, «La Politique d’Aristote. Unité et fractures. Éloge de la lecture sommaire», *Revue philosophique de la France et de l’étranger*, 177, n° 2, 1987 (pp. 129-144).

³³ Una de las excepciones es Le Roy, traductor francés de la *Política*, quien dice, en 1576, que Maquiavelo se inspiró en Aristóteles. Afirma también que el Estagirita debió haber sido “menos curioso de la deducción de medios tiránicos” (Cherel, Albert, *La pensée de Machiavel en France*, L’Artisan du livre, Paris, 1935, p. 57; el análisis aristotélico respecto de los modos de preservación de la tiranía en Aristóteles, *Política*, V, 1313a34-1315b10). En su libro citado, Cherel vincula a Maquiavelo con Mussolini (que había escrito un prefacio al *Príncipe*), y tiene palabras de elogio para el fascismo italiano.

Aron intenta resolver esta dificultad del modo siguiente: “los consejos del *Príncipe*”, dice, “concuerdan con las consideraciones de los *Discursos* en cierta filosofía de la política”³⁴. No sería entonces ni el libro de los republicanos, ni tampoco un libro escrito “con los dedos de Satanás”. *El Príncipe* sería más bien la presentación de una técnica de la tiranía. Maquiavelo, sigue Aron, podría haber escrito también una teoría de la monarquía o de la república. Además, parece evidente que sus preferencias se inclinan más por la libertad romana. Sin embargo, esto no resuelve del todo la dificultad: tiene que haber un motivo por el cual el nombre de Maquiavelo alcanzó una fama tan negativa, a diferencia de Aristóteles. Y aunque es cierto que los tiranos no esperaron a Maquiavelo para existir y comportarse como tales, resulta innegable que en los consejos prodigados en el *Príncipe* hay algo así como una incitación más o menos provocativa a utilizar métodos tiránicos, en cualquier caso una liberación de la conciencia³⁵. Aunque Maquiavelo condena a veces los procedimientos despóticos (como el caso de Agátocles), Aron no está seguro de que esa condena deba ser tomada al pie de la letra³⁶. Intuye así un tema que trabajará más tarde Leo Strauss: Maquiavelo no debe ser leído siempre de modo literal, pues su texto está atravesado por tensiones y contradicciones internas, y muchas de ellas parecen ser deliberadas³⁷. Un poco por lo mismo, el Florentino reconoce la necesidad de legisladores, de dictadores, e incluso de príncipes absolutos si el pueblo está corrompido y es indigno de la libertad republicana³⁸. La conclusión es que, más allá de la unidad de su obra, en algunos pasajes de Maquiavelo hay algo distinto de aquello que puede encontrarse en el pensamiento aristotélico. La escisión entre política y moral alcanza en el Florentino una profundidad que el Estagirita nunca imaginó posible.

Llegado a este punto, Aron esboza un reconocimiento y una crítica al Florentino. El reconocimiento guarda relación con el realismo: el secretario florentino es capaz de mirar la realidad sin hacerse falsas ilusiones sobre ella. Sin embargo, esa ventaja también puede convertirse en defecto si se extrema, y no se equilibra con la necesidad de otros principios: la política entendida exclusivamente como fuerza puede derivar en “amoralismo agresivo”³⁹

³⁴Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies...*, op. cit., p. 61.

³⁵ En este punto, Aron le da la razón a Maritain en la discusión que sostuvieron sobre el maquiavelismo: El secretario florentino parece haber contribuido en “dar buena conciencia a los malvados”. *Ibidem*, p. 385; vid. Maritain, Jacques, «La fin du machiavélisme», en *Principes d'une politique humaniste*, Éditions de la maison française, Paris, 1944, pp. 174-175.

³⁶ Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies...*, op. cit., pp. 76-77.

³⁷ Vid. Strauss, Leo, *Thoughts on Machiavelli*, University of Chicago Press, Chicago, 1995.

³⁸Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies...*, op. cit., p. 61.

³⁹ *Ibid.*, p. 62.

(volveremos luego sobre este punto). A Maquiavelo, según Aron, no le interesa promover la tiranía, sino un Estado poderoso y próspero, y de allí la ambigüedad de sus propuestas. Si Maquiavelo sólo fuera un defensor de la tiranía y de la fuerza, sería un autor más escandaloso que interesante. No obstante, su pensamiento no se queda allí, y busca precisamente entender y explicar en qué medida la grandeza del Estado puede requerir la utilización de métodos poco ortodoxos. Naturalmente, hay allí una idea que podría resolver, aunque fuera parcialmente, la aparente contradicción entre *El Príncipe* y los *Discursos*: son simplemente dos modos posibles de alcanzar esa grandeza (por medio del principado o la república). El pensador francés no ve entonces contradicción intrínseca entre ambos textos, sino que vislumbra un hilo que los une. Aunque pueda ser buscada en distintas realidades políticas, y en diversos contextos, la gloria política es el eje que provee de unidad a la obra de Maquiavelo⁴⁰.

En la lectura realizada por Aron, ese realismo está marcado por una primacía otorgada a la observación respecto de los imperativos morales y religiosos. Para comprender la verdad efectiva de la cosa, según la célebre expresión del capítulo XV del *Príncipe*, es necesario mirar lo que ocurre y abandonar la perspectiva normativa: el razonamiento, dice el propio Maquiavelo, “no tiene la misma autoridad que los ejemplos históricos”⁴¹. La preponderancia de la observación implica también una ventaja de la historia, que es una especie de gran laboratorio que utiliza Maquiavelo para ilustrar sus puntos de vista. Pero, ¿en qué medida puede decirse que la semejanza del presente con el pasado sea tal que permita esa utilización de la historia? Aron precisa en este punto el supuesto antropológico de Maquiavelo, quien afirma la similitud de las pasiones humanas:

*A nuestros ojos en todo caso, la identidad de las pasiones humanas es la idea decisiva, es ella la que asegura la existencia de una naturaleza política o, en términos modernos, un determinismo político que la ciencia analiza y sobre el cual se funda la acción práctica*⁴².

Si las pasiones humanas son siempre las mismas, entonces es legítimo utilizar ejemplos históricos para aproximarse al presente. Este principio tiene una consecuencia relevante: si la

⁴⁰ Vid. Chuaqui, Tomás, «La ética política de Maquiavelo. Gloria, poder y los usos del mal», *Estudios Públicos*, n° 79, 2000 (pp. 403-435).

⁴¹ Maquiavelo, Nicolás, *Discursos sobre la última década de Tito Livio*, II, 27.

⁴² Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies...*, op. cit., p. 64.

naturaleza humana es estable, y si esas pasiones son dominantes, entonces se vuelve difícil pensar en un horizonte de superación de las contradicciones que esas pasiones engendran. Dicho de otro modo, la utopía se vuelve inconcebible, pues nunca podremos escapar completamente de la corrupción de lo contingente⁴³. Aquí encuentra Aron –con la ayuda de Maquiavelo– el fundamento de su “realismo”: no es posible pensar que un cambio en las estructuras pueda producir una pacificación definitiva de lo humano, para no hablar de una transformación profunda. Naturalmente, hay instituciones mejores y peores, pero es inútil buscar una reforma radical de las condiciones de la vida colectiva. Maquiavelo nos ayuda a comprender –y asumir– que la historia no nos brindará nada parecido a una solución definitiva de nuestros problemas y, en ese sentido, es un antídoto contra cierta filosofía de la historia⁴⁴. Salirse de estos parámetros es pensar fuera de la política.

Maquiavelo y el fenómeno totalitario

Ahora bien, ¿qué relación tiene todo esto con los regímenes totalitarios del siglo XX? Pues bien, Aron posee la convicción de que una comprensión adecuada del fenómeno exige la elaboración de algo así como una teoría del totalitarismo⁴⁵. Más aún: afirma que en el *Príncipe* puede encontrarse “la teoría que inspira la práctica de regímenes totalitarios”⁴⁶. El pensador francés es perfectamente consciente de la dimensión provocativa de esta tesis. Utilizar aquí el concepto de teoría, dice, puede sorprender, “pero es esencial”⁴⁷. Hay que tomarse muy en serio esta afirmación de Aron, escrita el año 1940. El carácter maquiavélico de los regímenes soviético y nacional socialista no viene dado exclusivamente por los medios que utilizan, como el asesinato, la mentira y el engaño. Estos son sólo los síntomas de un maquiavelismo más profundo, que guarda relación con cierta concepción de los hombres y de la política. Aron busca mostrar un pensamiento en acción, y hallar la aplicación de ese pensamiento en instituciones y conductas de los regímenes totalitarios⁴⁸. Le interesa elucidar el fundamento intelectual de dichos sistemas, y analizar “los sistemas racionalizados” que utilizan los maquiavelianos modernos para gobernar.

⁴³ Sobre esto, *vid.* Lefort, Claude, *Le travail de l'œuvre Machiavel*, Gallimard, 1986. Para una reflexión más general sobre la utopía, *vid.* Spaemann, Robert, *Crítica de las utopías políticas*, Eunsa, Pamplona, 1980.

⁴⁴ Sobre esto, *vid.* Ménissier, Thierry, *Machiavel ou la politique du centaure*, Hermann, Paris, 2010.

⁴⁵ Aron subraya desde 1936 los elementos comunes de los regímenes nazi y soviético (Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies...*, *op. cit.*, p. 321).

⁴⁶ *Ibidem*, p. 123.

⁴⁷ *Idem*.

⁴⁸ *Idem*.

Estos regímenes aparecen como arbitrarios y subordinados a la voluntad irracional de “un tirano mórbido”, pero hay una lógica interna que de algún modo ordena esa aparente irracionalidad⁴⁹. Naturalmente, el interés de Aron no se reduce a la erudición, sino que busca asir el movimiento del mundo a partir de ciertas categorías intelectuales⁵⁰. El supuesto es, desde luego, que al factor político le corresponde cierta primacía. Se trata de una idea presente en Maquiavelo, pero que parte de la sociología moderna tiende a negar. Aron la recupera, pues la considera imprescindible para inteligir ese movimiento (y la seguirá ocupando durante la Guerra fría)⁵¹.

Con todo, la afirmación según la cual puede encontrarse en *El Príncipe* la teoría del totalitarismo debe ser tomada con mucha prudencia. Por un lado, no hay en Maquiavelo el desarrollo de un pensamiento sistemático, ni nada semejante. Por otro lado, no parece posible concebir el totalitarismo del siglo XX al margen de un desarrollo técnico que Maquiavelo no conoció, aunque sí parece haberlo vislumbrado (como bien nota Strauss⁵²). La afirmación aroniana debe ser entonces precisada: no hay en el autor florentino –propriadamente hablando– una teoría del totalitarismo, pero sí están presentes los elementos que lo hicieron posible. Si se quiere, Maquiavelo sugiere que la acción política digna de ese nombre no admite ningún tipo de limitación (sea ésta histórica, moral, tradicional o religiosa) y, en ese sentido libera una lógica que permite la aparición del fenómeno totalitario⁵³. En cualquier caso, lo interesante es que Aron intenta elaborar tempranamente una teoría que dé cuenta del totalitarismo, que permita acceder a un fenómeno frente al cual Occidente se encontraba desarmado intelectualmente. Aquí también puede encontrarse el origen de su severa crítica a *Los orígenes del totalitarismo*, el célebre libro de Hannah Arendt publicado en 1951. Para Aron, la teoría de Arendt falla –entre otros motivos– porque ve en el fenómeno totalitario un acontecimiento radicalmente nuevo y que, por tanto, carece de antecedentes. Para Aron, el fenómeno totalitario no puede aprehenderse sin remitirse a una lógica que le es necesariamente anterior, y que puede iluminarlo aunque fuera parcialmente⁵⁴.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 124.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 126.

⁵¹ Vid. Freschi, Simonetta, *op. cit.*, p. 53. Sobre la primacía del factor político, y en el modo en que la comprende Aron, ver los primeros capítulos de su libro Aron, Raymond, *Démocratie et totalitarisme*, Gallimard, Paris, 1965.

⁵² Ver Leo Strauss, *Thoughts on Machiavelli*, *op. cit.*, pp. 198-199.

⁵³ Pierre Hassner explica del siguiente modo la concepción aroniana del totalitarismo: “Durante toda su vida, Aron vio la esencia del totalitarismo en la conjunción de maquiavelismo y mesianismo, de cinismo y de fanatismo, en la perversión conjunta de ciencia y religión”. Hassner, Pierre, «Raymond Aron: Machiavel et les tyrannies modernes», *Revue française de science politique*, n° 1, 1994 (pp. 144-147).

⁵⁴ Vid. Aron, Raymond, «L'essence du totalitarisme. À propos de Hannah Arendt», *Commentaire*, n° 112, 2005 (pp. 943-954). Sobre sus diferencias con Hannah Arendt, ver Freschi, Simonetta, *op. cit.*, p. 47; Mesure, Sylvie,

¿Cuáles son los principios de esos sistemas totalitarios que estarían ya presentes en Maquiavelo? La primera idea es la concepción del hombre como una criatura malvada (recordemos el carácter invariable de la naturaleza humana). Si el hombre es malvado, entonces los gobiernos pueden permitirse una mayor laxitud en sus métodos de acción, pues gobernar a seres de ese tipo no es tarea fácil⁵⁵. Por otro lado, los gobernantes no pueden fiarse de los buenos sentimientos de los gobernados. Esto importa una convergencia con el autoritarismo, porque esos hombres sólo admiten ser gobernados con un uso bastante intensivo de la fuerza, o en cualquier caso de una autoridad importante⁵⁶. Como vimos, hay un primer elemento, que guarda relación con cierto pesimismo antropológico, en el que coinciden Maquiavelo y los regímenes totalitarios⁵⁷. Fue Hobbes quien sistematizó la intuición maquiaveliana: la naturaleza del hombre no permite un gobierno armónico y pacífico, sino que exige usar la fuerza para conservar el orden colectivo, e impedir que todo se desbande en función de un apetito insaciable. Al mismo tiempo, el gobernante se convierte en el mejor juez para evaluar qué tipo y qué cantidad de fuerza debe ser utilizada según la circunstancia⁵⁸. Si Maquiavelo aconseja explícitamente gobernar a partir del miedo y del terror⁵⁹, los regímenes totalitarios parecen haber aprendido esa lección: las sociedades que ponen el acento en la libertad individual en desmedro de la cohesión y la fuerza colectiva tienen un déficit de energía, y están condenadas a la derrota. Desde luego, Aron no sigue hasta el final la lógica maquiaveliana, pero percibe que hay en ella una verdad que no

Raymond Aron *et la raison historique*, Vrin, Paris, 1984; y la introducción de Rémy Freymond a la compilación de Aron, p. 38. Para Hannah Arendt, el totalitarismo no puede ser aprehendido sino como un fenómeno radicalmente novedoso. Se ocultaría tras ellos “una concepción del poder enteramente nueva y sin precedentes”, pues el totalitarismo “difiere esencialmente de otras formas de opresión política que nos son conocidas”. Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, Taurus, Madrid, 1998, pp. 510 y 559.

⁵⁵ “Cabe agregar que el desprecio de los hombres presenta caracteres originales en la tiranía hitleriana. Los nacional-socialistas no sólo juzgan al hombre malvado, niegan los valores en función de los cuales se juzgaba esa maldad misma, y se trataba de superarla. En cuanto a los métodos de gobierno, son más que un perfeccionamiento de los eternos métodos policiales; ellos traducen en actos una teoría que pretende ser racional. Las técnicas del desprecio son el fruto de una concepción pesimista de la naturaleza humana, nacen de una especie de cinismo científico” (agrega en seguida que Maquiavelo fue el primero en abrir esta perspectiva), Aron, Raymond, *Chroniques de guerre...*, op. cit., p. 467.

⁵⁶ Aquí Aron alude a Schmitt, quien había sostenido esta hipótesis en Schmitt, Carl, *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid, 2014. Ver Aron, Raymond, *Chroniques de guerre...*, op. cit., pp. 469-470. Para Aron, la concepción schmittiana es problemática por cuanto ignora que la comprensión misma del mal supone la existencia de criterios morales (y el mismo Schmitt tiende a negar la pertinencia de utilizar criterios morales para analizar la política).

⁵⁷ *Ibidem*, pp. 467-469. En cualquier caso, Aron cree que “Hitler es más radicalmente pesimista que Maquiavelo sobre la naturaleza humana en general”. *Ibidem*, p. 473.

⁵⁸ *Vid.* Hobbes, Thomas, *Leviatán*, capítulos 13 y 17-19,

⁵⁹ Maquiavelo, Nicolás, *Discursos...*, op. cit., III, 1.

debe desdeñarse sin más. Además, le parece que el uso del terror es uno de los fundamentos del totalitarismo, y éste encuentra su origen de hecho en algunos pasajes de Maquiavelo⁶⁰.

La figura del príncipe nuevo es también un elemento que Aron considera indispensable para comprender la conexión entre Maquiavelo y el totalitarismo. El príncipe nuevo, en cuanto tal, no puede admitir límite alguno en el ejercicio de sus potestades, no pueda convivir con ningún principio que ponga en cuestión su legitimidad⁶¹. Por lo mismo, el poder debe tender hacia un crecimiento indefinido: En Maquiavelo se encuentran así las bases intelectuales que permiten concebir la emergencia de un centro totalizante, que no admite nada que lo contraríe ni que lo limite⁶². En función de lo dicho, el primer objetivo es obtener y maximizar el poder; y el segundo es extenderse hacia el exterior (por la misma lógica totalizante: ambas dimensiones están íntimamente conectadas). La táctica para la toma el mando tiene dos ramas: por un lado, la conquista legal del poder; y, por otro, la agitación cívica con el objeto de lograr cierta hegemonía sociopolítica. Hay una extraña mezcla de utilización de procedimientos tradicionales subvertidos (por ejemplo: el partido político como instrumento), junto con ciertas novedades relevantes (como el uso intensivo de la propaganda que constituye según Aron una de las grandes innovaciones contemporáneas⁶³). El partido nazi, por ejemplo, buscó acceder a las más altas responsabilidades para realizar luego una revolución. Por tanto, estuvo siempre decidido a abusar de las libertades que otorga un régimen liberal con el objetivo de suprimirlas más tarde: el compromiso con las instituciones se vuelve siempre instrumental.

Otro dato relevante es que el partido nazi no reclutaba militantes tradicionales, sino auténticos soldados para la causa, combinando así “la difusión del fanatismo con la organización de una milicia”⁶⁴. Dado que la revolución es virtualmente imposible desde abajo (pues la masa nada puede frente a las fuerzas militares modernas), se debe buscar la toma del mando por vías

⁶⁰ “El terror es la esencia del régimen totalitario”. Aron, Raymond, *L'essence du totalitarisme...*, op. cit., p. 949.

⁶¹Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies...*, op. cit., p. 125.

⁶² Cfr. Audier, Serge, *Machiavel, conflit...*, op. cit., p. 64. Aron da un ejemplo sobre esto: “La depuración de la administración fue realizada de modo tan rápido como radical. Era necesario alejar a los hombres del sistema antiguo, dar espacio a los candidatos sin empleo reunidos en el partido hitleriano (...) cualquier intento por constituer una agrupación política fuera del nacionalsocialismo es criminal”. Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies...*, op. cit., pp. 286-287.

⁶³“En esta técnica, el maquiavelismo moderno aportó una innovación fundamental: el medio político por excelencia es hoy la propaganda (...) Como los hombres son tontos y crédulos, cuando no positivamente malvados, la acción psíquica se vuelve la acción suprema; y por acción psíquica debe entenderse la educación, la difusión de ideas, las fiestas y las ceremonias”. *Ibidem*, p. 121).

⁶⁴*Ibidem*, p. 129.

tradicionales, pero sin olvidar nunca que el objetivo es superar la legalidad vigente. El partido y la milicia son los instrumentos indispensables en una empresa de esta naturaleza. Para acceder al poder legal, la táctica consiste en crear un nivel muy elevado de desorden interno, y sugerir que la única vía de salida (o de regreso al orden) implica el triunfo del mismo partido que se encuentra en el origen de esos desórdenes. Dicho de otro modo: el partido crea un estado de guerra civil, para jactarse luego de ponerle término. Uno de los elementos interesantes de la virtual guerra civil es que no replica los fenómenos del siglo XIX, sino que introduce nuevas variables, porque el objetivo no es tanto militar como psicológico. La creación del desorden no busca la derrota militar de las fuerzas institucionales (que es imposible desde la calle), sino que busca generar un ambiente propicio para que el partido que mejor parece responder a ese desorden acceda al poder. Se adquiere así el prestigio asociado a la violencia (la idea es, desde luego, muy propia de Maquiavelo), lo que facilita el triunfo final: en un mundo violento y desordenado, las personas tenderán a aceptar la legitimidad de aquellos que mejor podrían manejar esa violencia. Así, paso a paso, el partido y su líder se van constituyendo como el nuevo profeta armado que Maquiavelo invocaba en el siglo XVI⁶⁵. Esta reflexión permite comprender la conexión entre el pensador florentino y el fenómeno totalitario: el partido juega el papel profético, pues marca de modo infalible el designio de la historia, y encarna la voluntad de novedad radical.

Volvamos un momento sobre el aspecto novedoso del príncipe. Ese carácter posee una dimensión revolucionaria, en la medida en que subvierte completamente el orden antiguo. Esto parece evidente en lo relativo al régimen soviético, pero se hace más difícil percibirlo para el caso alemán, sobre todo en Francia. El motivo es que suele creerse que las revoluciones, para ser tales, deben necesariamente ser proletarias y de izquierda: y, además, deben modificar profundamente el modo de producción y la distribución de las riquezas. Dicho en breve, tiende a creerse que sólo una revolución marxista o protomarxista merece ese nombre. Así las cosas, no es raro que muchos hayan visto en el nacionalsocialismo una forma de conservatismo más o menos vinculada con la tradición. Para Aron, se trata de un error grave que impide comprender bien la radicalidad implícita en el nacionalsocialismo. Desde su perspectiva (inspirada en Pareto), la principal característica de una revolución es la substitución de una elite por otra: hay revolución cuando se erige una nueva categoría y un nuevo criterio de legitimidad política⁶⁶. Por lo mismo, es concebible pensar que puedan existir revoluciones populares de derecha que no dejan de ser

⁶⁵ *Ibidem*, p. 266.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 127.

revolucionarias por no identificarse con la izquierda. Esto es aún más cierto en Alemania, donde la ideología de derecha es tan espontánea y profunda como la ideología de izquierda. La Alemania moderna, dice Aron, toma conciencia de sí misma en las guerras de liberación: ser nacional es el imperativo mayor⁶⁷. No es raro entonces que allí la revolución adquiriera un cariz tan distinto al francés: la revolución popular es un movimiento que no tiene vocación universal, sino particular. Y negarse a ver su carácter genuinamente revolucionario impide comprender cuánta novedad hay involucrada allí: el régimen nazi no puede ser comprendido como una mera conservación de un orden anterior.

En la lógica de Aron, lo revolucionario viene dado por la substitución de elites gobernantes, que no es sólo cambio de personas, sino introducción de nuevos criterios de pertenencia de ese grupo. Según vimos, esos nuevos criterios no admiten ni siquiera la mera coexistencia con los antiguos, porque la idea es precisamente fundar un criterio de legitimidad que rompa con todo aquello que precedió. El régimen nuevo (sea soviético o nazi) es celoso de todas las instituciones tradicionales, que son vistas como rémoras del pasado; y, por lo mismo, no tolera otra fuerza –material o espiritual– que la suya propia. En este punto, es digna de atención la plena coincidencia entre los regímenes totalitarios y las afirmaciones de Maquiavelo en el capítulo VI del *Príncipe*: el príncipe nuevo no puede convivir con ninguna tradición, pues él debe encarnar *toda* la legitimidad. Dado que se trata de una tarea constante, que nunca se puede dar por enteramente terminada, el régimen no soporta la banalidad ni la rutina. Por lo mismo, se vive siempre bajo cierto estado de excepción: el tirano, dice Aron, no está dispuesto a transformarse en un jefe ordinario (y analogable por tanto a los anteriores), y el paso del tiempo no debe en ningún caso disminuir su prestigio⁶⁸. En términos weberianos, deben tener siempre algo del líder carismático. Al mismo tiempo, en el caso alemán la representación democrática tradicional es reemplazada por un cesarismo plesbicitario, cuya finalidad es, precisamente, designar a un jefe absoluto que entra en relación directa con el pueblo⁶⁹. Aron realiza aquí una indicación interesante: el totalitarismo se opone al liberalismo (en cuanto protección de libertades individuales) antes que a la democracia, porque no es necesariamente incompatible con el principio mayoritario, pero sí es incompatible con una régimen de limitación del poder que proteja la libertad de los individuos. Por lo mismo, una noción de democracia fundada

⁶⁷ *Ibidem*, pp. 127 (pp. 140; pp. 300-301).

⁶⁸ *Ibidem*, p. 145.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 152.

únicamente en la regla de mayoría le parece muy insuficiente, en la medida en que dicho régimen requiere equilibrarse con principios liberales.

La novedad que intenta imponer el nuevo régimen exige entonces generar algo así como una constante estado de excepción. Dicho de otro modo, y tal como sugiere Maquiavelo, el príncipe nuevo debe ser ante todo un fundador de nuevos órdenes, debe lograr imponer nuevos modos de gobierno, pero eso no puede realizarse mientras los antiguos sigan vigentes. Lograr esos objetivos implica la utilización de grados importantes de violencia: el príncipe nuevo no debe trepidar en el uso de la fuerza para extirpar las antiguas prácticas e instituciones. La (re)fundación no puede sino realizarse en medio de la violencia y el terror. El régimen tiende a entrar aquí en un círculo un poco infernal, donde cada resistencia del cuerpo político exige una nueva dosis de violencia. Esto queda claro con el ejemplo de César Borgia –uno de los pocos personajes que Maquiavelo honra con el calificativo de príncipe nuevo–, cuya principal virtud pasa precisamente por saber usar la fuerza, no de modo ciego e irreflexivo (lo que termina granjeando el odio), sino de modo inteligente y selectivo. La idea es que los individuos queden “estupefactos”, disposición que permite la introducción de una nueva forma política. Hay que recordarles regularmente a los hombres cuán precarias es su vida, cuán presente puede estar el miedo: hay que sacarlos de su comodidad para que estén dispuestos a obedecer al nuevo príncipe, y a recibir aquellos nuevos órdenes⁷⁰. Los regímenes totalitarios –y en esto Aron acierta al remitirse a Maquiavelo– siguen al pie de la letra estos predicamentos: son sistemas políticos que buscan una ilimitada acumulación de poder. Por eso Aron puede decir que, en la lógica totalitaria, la multitud sólo debe obedecer, pues no es más que una masa informe que los individuos superiores deben modelar⁷¹. De allí el error de las potencias occidentales, que no pudieron o no quisieron comprender lo que ocurría bajo sus narices: para la mentalidad totalitario, todo compromiso es puramente táctico e instrumental. No hay modo de estar en paz con su mentalidad, pues siempre aspirarán al máximo nivel de poder interno y externo. Dado que la fuerza se convierte en el criterio decisivo, la historia humana se vuelve el escenario de una lucha inextinguible entre los hombres y los pueblos, donde el único objetivo del príncipe termina siendo inscribir definitivamente su nombre en la historia. La técnica del poder se transforma así en un esfuerzo por la conquista exterior que no puede sino tender hacia el infinito⁷². Comprender la naturaleza intelectual del sistema –aquello que Aron llama la teoría del totalitarismo– resulta

⁷⁰ Vid. Maquiavelo, Nicolás, *Príncipe*, op. cit., VI y Maquiavelo, Nicolás, *Discursos...*, op. cit., III, 1.

⁷¹ Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies...*, op. cit., p. 121.

⁷² *Ibid.*

entonces indispensable para combatirlo con eficacia. Y eso es exactamente lo que tanto faltó en las clases dirigentes de Europa occidental.

La discusión sobre el maquiavelismo: Pareto y Maritain

A partir de estos elementos, el pensador francés intenta elaborar una crítica al maquiavelismo. Decíamos más arriba que, en la lectura de Aron, Maquiavelo no busca tanto la tiranía, como el poder y la gloria del Estado. Los consejos que brinda el secretario florentino serían entonces sugerencias técnicas, esto es, instrumentos útiles para alcanzar tal tipo de fines. Pero dado que ese fin nunca deja de ser, al mismo tiempo, un medio, el maquiavelismo tiende a convertirse en una pura teoría de los medios que puede extenderse hasta el infinito bajo esa modalidad. Llegados a un punto, todo se convierte en medio (y por eso Maquiavelo llega a decir en los *Discursos*, al referirse a Rómulo, que “si el hecho lo acusa, el resultado lo excusa”⁷³). Esto permite el surgimiento de una filosofía pragmatista que no tiene, ni puede tener, orientación específica. El dato esencial del maquiavelismo no es tanto la amoralidad implícita, dice Aron, sino “la extensión del pragmatismo al conjunto de las realidades humanas, todas reducidas al rango de medios”⁷⁴. Al fin y al cabo, ninguna dimensión humana queda *a priori* excluida de esta lógica. Pero, ¿de qué sirve un medio que no tiene fines claramente definidos? ¿A qué tienden, en definitiva, el poder y la gloria de los Estados? La sugerencia de Aron es que la política reducida a esa pura consideración pierde toda significación, con todas las consecuencias que algo así puede tener.

Aron tiene en el visor no sólo a Maquiavelo y a los regímenes totalitarios, sino también a un pensador cuya filosofía está en directa filiación con el *Príncipe*: Wilfredo Pareto, autor de un monumental *Tratado de sociología*. Aron admira la obra del sociólogo italiano. La obra de Pareto se caracteriza por su crítica radical a cualquier versión del racionalismo o del progresismo propios del siglo XIX. En conexión directa con Maquiavelo, Pareto cree que las sociedades están siempre gobernadas por elites, de uno u otro tipo. Si el hombre es siempre igual a sí mismo, entonces no cabe esperar ninguna transformación profunda de la sociedad. De algún modo, todos

⁷³ Maquiavelo, Nicolás, *Discursos...*, op. cit., I, 9.

⁷⁴ Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies...*, op. cit., p. 82.

sus trabajos son el desarrollo de esa intuición inicial, fundada en un pesimismo antropológico⁷⁵. Aron reconoce el valor de tal perspectiva; pero afirma que, al desentenderse de los fines, su filosofía adquiere una perspectiva supuestamente científica, que se asume como exclusiva. El defecto de esta mirada es que pretende reducir la existencia humana al dato concreto, a lo dado: no existe sino aquello que se ve. Sin embargo, sigue Aron, sin orientación hacia el futuro, “la existencia humana cesa de ser humana para convertirse en naturaleza”⁷⁶. Desde luego, no hablamos ya de la naturaleza clásica dotada de orientación teleológica, sino de naturaleza en cuanto puro *factum*, en pura lucha de fuerzas ciegas que nuestra racionalidad no puede de ningún modo controlar. Recordemos que para Maquiavelo y sus discípulos el hombre es un ser con cierta tendencia a la maldad; y, en esa concepción del mundo, no es raro concluir que el mundo está en definitiva entregado a las fuerzas de la naturaleza y a la brutalidad de las pasiones humanas⁷⁷. Estas observaciones muestran bien el desacuerdo de Aron tanto con Maquiavelo como con Pareto: en la renuncia absoluta a la pregunta por los fines, hay un reduccionismo rayano en el absurdo. La pregunta por los fines es sin duda muy complicada, pero abandonarla definitivamente no nos deja en mejor pie para comprender el mundo. Así, dice Aron a propósito de Pareto:

*Habiendo partido desde un realismo racionalista, el maquiavelismo conduce a una técnica del poder, al nihilismo, voluntad que al final no tiende a nada más allá del mismo poder, pero que se vuelve incapaz de justificar en razón o en valor el poder al que aspira*⁷⁸.

Para Aron entonces, el maquiavelismo tiende naturalmente a deslizarse hacia el nihilismo: una voluntad ciega de poder que se alimenta indefinidamente a sí misma, y que no puede nunca proveer de fundamento último dicha voluntad. Al interior de esa lógica, es natural que los valores tradicionales sean subvertidos porque, en rigor, la fuerza se convierte en el criterio supremo: la moral es reemplazada por la historia, que es el teatro donde juegan esas fuerzas. Las virtudes cristianas (y esto, de nuevo, vale tanto para Maquiavelo como para el totalitarismo) son vistas

⁷⁵Vid. Aron, Raymond, *Les étapes de la pensée sociologique*, Gallimard, Paris, 1967, capítulo 7.

⁷⁶*Ibidem*, p. 106

⁷⁷Aron, Raymond, *Chroniques de guerre...*, *op. cit.*, p. 472. Por eso, en la visión de Hitler, hay que llevar las luchas entre los pueblos a su estadio primitivo, acercarlas lo más posible de batallas entre animales de presa: “los vencidos, de una u otra manera, serán reducidos a esclavitud, o incluso exterminados”. *Ibidem*, p. 477.

⁷⁸Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies ...*, *op. cit.*, p. 109.

como signos de debilidad, como síntomas de un “deterioro de la vitalidad colectiva”⁷⁹. Aron piensa que el único modo que permite escapar de ese mal, y en particular del hitlerismo, es superar el nihilismo biológico, reafirmando la misión espiritual de la humanidad⁸⁰. Sin embargo, lo anterior no lo conduce a descartar de plano toda forma de maquiavelismo. Recordemos que Aron rechaza el pacifismo idealista, y también cualquier teoría que no sea capaz de considerar seriamente los datos presentes en la realidad, más allá de nuestras aspiraciones morales. De allí que defienda, en el contexto de su discusión con Maritain, el uso de un maquiavelismo limitado como modo de enfrentar el totalitarismo. Habría entonces una doble dimensión en las enseñanzas de Maquiavelo. Por un lado, el secretario florentino nos enseña a aproximarnos a la realidad sin ilusiones. Para decirlo de otro modo: Maquiavelo nos ayuda a comprender que existen los maquiavelianos y que, por tanto, hay que incorporar ese dato en cualquier composición de lugar. Las buenas intenciones no bastan para enfrentarse a aquellos que sólo creen en la fuerza y en la acumulación ilimitada de poder. Quienes, en palabras de Aron, “se obstinan en desconocer la realidad propia de la política”⁸¹, se condenan a no comprender lo que ocurre. Combatir a los discípulos de Maquiavelo requiere asumir algunas de sus premisas, por más difícil que parezca. De lo contrario, se concede mucha ventaja en la batalla⁸². Al pesimismo antropológico del hitlerismo, por ejemplo, no se le puede oponer un optimismo igual de elemental: hay que reconocer que en el hombre la tendencia al bien convive con cierta inclinación al mal y a la brutalidad⁸³. Así, Aron intenta hacer un uso limitado o moderado de Maquiavelo, que es indispensable según él si queremos que las democracias occidentales sobrevivan⁸⁴. En cualquier caso, el pensador francés conoce bien las limitaciones propias de la ética de la responsabilidad, y sabe que no hay respuesta fácil a este tipo de cuestiones⁸⁵.

⁷⁹*Ibidem*, p. 121. También, *vid.* Aron, Raymond, *Chroniques de guerre...*, *op. cit.*, p. 470 y Maquiavelo, Nicolás, *Discursos...*, *op. cit.*, II, 2.

⁸⁰Aron, Raymond, *Chroniques de guerre...*, *op. cit.*, p. 478. Según Audier, Aron cree que el positivismo cientista y el pensamiento nietzschiano pueden ser perfectamente complementarios: “el nihilismo absoluto de las tiranías modernas no es sino la otra cara de una concepción cientista de la sociedad y de la historia”. Audier, Serge, *Machiavel, conflit et liberté*, *op. cit.*, p. 42.

⁸¹Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies...*, *op. cit.*, p. 115.

⁸²Freymond, Rémi, «Introducción», en *Machiavel et les tyrannies modernes*, *op. cit.*, p. 29.

⁸³Aron, Raymond, *Chroniques de guerre...*, *op. cit.*, p. 478.

⁸⁴Aron escribía ya en 1932: “La política realista no es a mis ojos un simple modo de examinar tal o cual problema. Ella manifiesta una voluntad espiritual (para emplear un término que temo). Pues la lucidez es la primera regla del espíritu. No vuelvo al materialismo. Pero la idea no puede pretender ser eficaz si no expresa las necesidades del momento y, sin piedad por las creencias fáciles, precisa el camino que sugiere la realidad. Aceptar esta política sin ilusiones no es traicionarla, sino pensar hasta el final nuestra condición” (citado por Freymond, Rémi, *op. cit.*, p. 49).

⁸⁵Tampoco vale, según él, reservar el maquiavelismo para los casos extremos: “Observo la política internacional desde hace unos treinta años, y rara vez he conocido un período en el que no haya habido, aquí o allá, una

Esta posición fue precisada –como dijimos– en el curso de una discusión con Jacques Maritain, que tuvo lugar antes y durante la guerra⁸⁶. En un artículo publicado por primera vez en 1942 (“La fin du machiavélisme”), el pensador católico había elaborado una crítica sin concesiones a cualquier forma de maquiavelismo⁸⁷. La crítica de Maritain tiene algunos elementos comunes con la de Aron, aunque añade una dimensión ausente en este último:

Así como su horizonte [el de Maquiavelo] es puramente terrestre y su empirismo brutal le esconde la ordenación indirecta de la vida política a la vida de las almas y a la inmortalidad; asimismo su noción del hombre le oculta la imagen de Dios en el hombre: esta obnubilación es la raíz metafísica de toda política de poder y de todo totalitarismo político⁸⁸.

Aron había hablado de la misión espiritual de la humanidad. Maritain, inspirado por su fe, da un paso más allá, y habla de inmortalidad, refiriéndose a la imagen de Dios presente en los hombres. En el fondo, Maritain reprocha al maquiavelismo el oscurecer deliberadamente cualquier atisbo de trascendencia. Maritain es consciente del problema planteado por el maquiavelismo que, al carecer de límites morales, parece tener mayores posibilidades de éxito que aquellos regímenes que se autoimponen limitaciones en sus medios de acción. La respuesta de Maritain a esta disyuntiva pretende ser muy drástica: el maquiavelismo, dice, no triunfa, porque en rigor el mal no triunfa. Se trata de una fuerza puramente destructiva, que no puede

situación extrema”. Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies...*, op. cit., p. 435. El texto fue escrito en 1982 como comentario a su polémica con Maritain.

⁸⁶ El 17 de julio de 1939, Raymond Aron presentó una comunicación frente a la Sociedad francesa de filosofía, “États démocratiques et États totalitaires”, que provocó algunas preguntas de Maritain sobre los medios que cabe utilizar para luchar contra el totalitarismo. Más tarde, en 1941, Maritain escribió un texto titulado “End of Machiavelism”, que dio lugar a una réplica de Aron en *La France libre* (revista de los franceses exiliados en Londres). Luego de eso Maritain le envió una carta a Aron agradeciéndole su texto; y escribió años más tarde un breve comentario. La última parte del diálogo se dio ya fallecido Maritain, en 1982. En ese año, Aron fue invitado por la Sociedad de amigos de Jacques Maritain a comentar el intercambio. El artículo de Maritain (“End of Machiavelism”) fue publicado en *Review of Politics* (enero 1942), y también como capítulo V del libro citado *Principes d’une politique humaniste*. Todos los otros textos están en Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies...*, op. cit.

⁸⁷ Hay un punto en el que Aron está de acuerdo con Maritain. La hipocresía del príncipe maquiaveliano sólo puede operar si en el pueblo subsiste algo así como una moral tradicional. Sin embargo, ese comportamiento de quien gobierna no puede sino horadar ese sustrato moral (“El maquiavelismo descompone las convicciones, las costumbres, las estructuras tradicionales de las que se aprovecha y sobre las que se apoya. Finalmente, la inmoralidad de los jefes desmoraliza a la nación”. *Ibidem.*, p. 387; vid. Maritain, Jacques, op. cit., p. 186.

⁸⁸ *Ibidem*, p. 177.

prevalecer en el largo plazo. Sin embargo, sigue Maritain, es normal que el maquiavelismo absoluto triunfe respecto del maquiavelismo débil o moderado. Pero no puede triunfar sobre el bien, porque “la justicia trabaja, por su causalidad propia, en el sentido de la prosperidad y el éxito para el futuro”⁸⁹. El maquiavelismo sólo tiene a su favor la ilusión del éxito inmediato y visible, pero deja de lado las consideraciones de largo aliento. En el fondo, para Maritain el maquiavelismo no puede ser combatido desde una perspectiva exclusivamente natural, sino que se hace indispensable algo más:

*Una moral política puramente natural no basta para darnos los medios de poner en práctica sus propias reglas. La conciencia moral no basta si no es al mismo tiempo una conciencia religiosa. Aquello que es capaz de enfrentar el maquiavelismo, el maquiavelismo moderado y el maquiavelismo absoluto, no es una política puramente natural (...) sino una política cristiana*⁹⁰.

Para Maritain, aceptar el maquiavelismo –aunque fuera de modo limitado– obliga a entrar en una pendiente cuya lógica se torna inmanejable (en la que, además, el maquiavelismo total entra con ventaja). La única alternativa posible, a sus ojos, reside en abrirse a la trascendencia: el cristiano sabe que la injusticia no triunfará en el mundo. De algún modo, Maritain llama al mundo –en plena segunda guerra mundial– a una revolución moral que pueda darle una lápida definitiva al maquiavelismo predominante.

A ojos de Aron, esta tesis posee un parentesco con las filosofías progresistas de la historia, y descansa en una fe que escapa a las consideraciones políticas⁹¹. Lo menos que puede decirse es que el autor de *El opio de los intelectuales* mira con distancia el optimismo ahistórico de Maritain⁹². En efecto, le parece ingenuo esperar algo así como una transformación de la humanidad, y más ingenuo aún el pretender orientarse políticamente en función de esa esperanza. En el contexto de un mundo efectivamente violento, dominado en parte por seguidores radicales de la doctrina maquiaveliana, no parece sensato renunciar al uso de un

⁸⁹ *Ibidem*, pp. 199-200.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 207.

⁹¹ Sobre las estrechas relaciones entre la teología y la filosofía de la historia, ver Löwith, Karl, *Historia del mundo y salvación. Los presupuestos teológicos de la filosofía de la historia*, Katz, Madrid, 2007.

⁹² Molina, Jerónimo, *op. cit.*, p. 22.

maquiavelismo moderado⁹³. Con todo, Aron es muy prudente a la hora de definir en qué consiste ese maquiavelismo moderado. Como bien nota Rémy Freymond, se trata de una noción desarrollada en Londres en 1943, y que Aron no utilizará después de la guerra. De hecho, el único ejemplo concreto que ofrece es el uso de la propaganda (constata con satisfacción el efecto de la propaganda de los aliados sobre Hitler). Pero –para mencionar el caso más ejemplar– tuvo muchas dudas respecto del bombardeo indiscriminado sobre las ciudades alemanas hacia el final de la guerra⁹⁴. Como puede verse, el maquiavelismo que defiende Aron es efectivamente moderado.

Con todo, Aron camina (a sabiendas) en una cornisa, pues sabemos que al final del sendero maquiaveliano sólo hay nihilismo. Así como cabe reconocer la verdad implícita en Maquiavelo para combatir el maquiavelismo, éste no puede ser combatido desde premisas inspiradas exclusivamente por el secretario florentino. Se hace imprescindible el reconocimiento de algún tipo de legitimidad espiritual que permita darle a la lucha un fundamento último. Aquí nos enfrentamos, como bien ha dicho Serge Audier, con una de las antinomias básicas de la política que Aron descubrió leyendo a Maquiavelo⁹⁵: la exigencia de realismo político nunca puede desconectarse completamente de la conciencia de estar defendiendo algo más que la primacía de la fuerza o de la historia. Para Aron, oponerse al totalitarismo implica defender la idea de “una presencia, en cada individuo, de un alma o de un espíritu, presencia que funda la dignidad y el derecho al respeto”⁹⁶. En esta doble exigencia –admitir la necesidad de un maquiavelismo moderado pero rechazar de plano las consecuencias nihilistas del maquiavelismo extremo– se encuentra toda la dificultad de la tarea política, cuyas reglas precisas nunca pueden ser fijadas de antemano. La comprensión de lo político nunca puede hacerse en abstracto, sino que requiere de una observación atenta a las condiciones del mundo, sin olvidar nunca el valor de ciertos principios espirituales. En ese sentido, Aron parece pensar que Maquiavelo ilumina tanto como oscurece el fenómeno humano. Ilumina en la medida en que permite comprender y

⁹³Freschi, Simonetta, *op. cit.*, pp. 60-61.

⁹⁴ Para todo esto, ver Freymond, Rémy, *op. cit.*, pp. 50-53. También, *vid.* Pires Aurélio, Diogo, «Moderate Machiavellianism: Aron, Machiavelli, and the Modern Machiavellians», en eds. Colen, José y Dutartre-Michaut, Elisabeth, *The Companion to Raymond Aron*, Palgrave Macmillan, New York, 2015, pp. 231-243. Hay un ejemplo posterior de “maquiavelismo moderado”, al que Aron alude: el regreso de De Gaulle al poder en 1958. Los medios utilizados por De Gaulle le parecen cuestionables a Aron; pero, al mismo tiempo, es consciente que la república requería esa intervención para evitar un golpe militar (ver Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies...*, *op. cit.*, p. 433).

⁹⁵Audier, Serge, *Machiavel, conflit et liberté*, *op. cit.*, p. 87.

⁹⁶Aron, Raymond, *Chroniques de guerre...*, *op. cit.*, p. 478.

escrutar el surgimiento de los regímenes totalitarios como algo más que un *acontecimiento* inexplicado; y oscurece porque nos deja sin armas espirituales frente a él.

“On ne peut accepter intégralement le machiavélisme, il n’y aurait pas de limites à l’horreur; on ne peut le refuser car ce serait faire fi de l’efficacité. La seule voie est de refuser l’absolu de la politique, de refuser des objectifs lorsqu’ils exigent des moyens trop terribles” (citado en Hassner, en MTM, 157).

Bibliografía

- ARENDT, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, Taurus, Madrid, 1998.
- ARON, Raymond, *Mémoires. 50 ans de réflexion politique*, Julliard, Paris, 1983.
- _____, *Chroniques de guerre. La France libre, 1940-1945*, Gallimard, Paris, 1990.
- _____, *Machiavel et les tyrannies modernes*, Fallois, Paris, 1993.
- _____, *Le spectateur engagé. Entretien avec Jean-Louis Missika et Dominique Wolton*, Fallois, Paris, 2004.
- _____, *Démocratie et totalitarisme*, Gallimard, Paris, 1965
- _____, *Les étapes de la pensée sociologique*, Gallimard, Paris, 1967.
- _____, «L'essence du totalitarisme. À propos de Hannah Arendt», *Commentaire*, n° 112, 2005 (pp. 943-954).
- AUDIER, Serge, *Machiavel, conflit et liberté*, Vrin-EHESS, Paris, 2005.
- _____, *Raymond Aron: la démocratie conflictuelle*, Michalon, Paris, 2004.
- _____, *Tocqueville retrouvé. Genèse et enjeux du renouveau tocquevillien français*, Vrin-EHESS, 2005.
- -Baverez, Nicolas, *Raymond Aron. Un moraliste au temps des idéologies*, Perrin, Paris, 2006.
- CHATON, Gwendal, *Introduction à Raymond Aron*, La découverte, Paris, 2017.
- CHEREL, Albert, *La pensée de Machiavel en France*, L'Artisan du livre, Paris, 1935.
- CHUAQUI, Tomás, «La ética política de Maquiavelo. Gloria, poder y los usos del mal», *Estudios Públicos*, n° 79, 2000 (pp. 403-435).
- DI LIGIO, Giulio, «La vertu politique. Aron penseur de l'ami et de l'ennemi», *Études internationales*, vol. 43, n° 3, 2012 (pp. 405-420).
- FRESCHI, Simonetta, «Raimond Aron e Niccolò Machiavelli: le désir de la réalité», *Esercizi Filosofici*, n° 2, 2007 (pp. 41-65).
- FREYMOND, Rémy, «Introduction», en Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies modernes*, Fallois, 1993.
- FERRO, Marc, *L'aveuglement. Une autre histoire de notre monde*, Tallandier, Paris, 2015.
- HASSNER, Pierre, «Raymond Aron: Machiavel et les tyrannies modernes», *Revue française de science politique*, n° 1, 1994 (pp. 144-147).
- HOBBS, Thomas, *Leviatán*.
- JAEGER, Werner, *Aristóteles. Bases para la historia de su desarrollo intelectual*, FCE, Madrid, 1992.
- KOJÉVE, Alexandre, *Introducción a la lectura de Hegel*, Trotta, Madrid, 2013.
- LEFORT, Claude, *Le travail de l'œuvre Machiavel*, Gallimard, Paris, 1986
- LE STRAT, Claire y Pelletier, Willy, *La canonisation libérale de Tocqueville*, Syllepse, Paris, 2005.
- LÖWITH, Karl, *Heidegger, pensador de un tiempo indigente. Sobre la posición de la filosofía en el siglo XX*, FCE, Madrid, 2006.

- _____, *Historia del mundo y salvación. Los presupuestos teológicos de la filosofía de la historia*, Katz, Madrid, 2007.
- MAQUIAVELO, Nicolás, *Discursos sobre la última década de Tito Livio*.
- _____, *El Príncipe*.
- MANENT, Pierre, «introducción a *Raymond Aron*», en *Liberté et égalité. Cours au Collège de France*, EHESS, Paris, 2013.
- MARITAIN, Jacques, «La fin du machiavélisme», en *Principes d'une politique humaniste*, Éditions de la maison française, Paris, 1944.
- MEIER, Heinrich, *Carl Schmitt, Leo Strauss y El concepto de lo político. Sobre un diálogo entre ausentes*, Katz, Madrid, 2008.
- MÉNISSIER, Thierry, *Machiavel ou la politique du centaure*, Hermann, 2010
- MOLINA, Jerónimo, «Raymond Aron ante el maquiavelismo político», *Revista internacional de sociología* 50, 2008 (pp. 9-33).
- MESURE, Sylvie, *Raymond Aron et la raison historique*, Vrin, Paris, 1984.
- PELLEGRIN, Pierre, «La *Politique* d'Aristote. Unité et fractures. Éloge de la lectura sommaire», *Revue philosophique de la France et de l'étranger*, 177, n° 2, 1987 (pp. 129-144).
- PIRES AURÉLIO, Diogo, «Moderate Machiavellianism: Aron, Machiavelli, and the Modern Machiavellians», en eds. Colen, José y Dutartre-Michaut, Elisabeth, *The Companion to Raymond Aron*, Palgrave Macmillan, New York, 2015.
- SAVÈS, Christian, «La conscience historique ou l'éveil aronien à la réflexion politique», *France Forum*, n° 17, 2005 (pp. 89-95).
- SIRINELLI, Jean-François, «Raymond Aron avant Raymond Aron (1923-1933)», *Vingtième siècle*, n° 2, 1984 (pp.15-30).
- SPAEMANN, Robert, *Crítica de las utopías políticas*, Eunsa, 1980.
- STRAUSS, Leo, «Introducción al existencialismo de Heidegger», en *El renacimiento del racionalismo político clásico*, Amorrortu, Madrid, 2007.
- STRAUSS, Leo, *Thoughts on Machiavelli*, University of Chicago Press, Chicago, 1995.